

apetito son inimitables en su género, *la muerte sirviéndose de los huesos de Mahoma por cojin*, y el apetito disfrazado en cocinero, tratándola de *esquilencia* y mencionando una serie de comestibles presentan una enzalada que no han conocido ni deborado los mas apicios; y el pronóstico favorable que hace el autor de que dentro de cien años esta será una *noticia tan plausible que pasará los mares en Gacetas y Mercurios al reino de la America y correrá todas las Indias*. . . dá la mas perfecta sazón á tan estupendo capítulo.

Capítulo noveno. No omito copiar los títulos de los capítulos con que se espresa el autor cuyas huellas sigo, porque en cierto lugar de esta mismísima obra advierte, *por la uña se reconoce la magnitud del leon*. Dice pues: *dic-tamen del demonio sobre la propuesta materia del capítulo antecedente*.

Muy espantosa muger: ¡qué demonio tan aturdido, pues á una dama la insulta de esta manera! Pero lo que debe regocijar al lector es el ver como se le trata en la página 56 de *respetable mortalidad*, y en la 58 de *vuestra mortandad*: (1) ¡qué abundancia de sinónimos! Mas lo que no digo que me escandaliza, pero sí que me aturde, es como el autor supone *al padre de la mentira* surtido con el precioso libro del *Testamento viejo*, y que añade: *en donde se contienen los sagrados oráculos de los patriarcas y profetas ilustrados del Espíritu Santo, á cuya creencia no se podrá negar vuestra fe sin contravenir á los conciliares decretos y canónica decision de la suprema autoridad de los soberanos pontífices, que han gobernado el timon de la nave de S. Pedro. Lea ahora vuestra mortalidad &c.* Confieso con ingenuidad que al leer estas espresiones me buscaba, no me hallaba, dudaba si ecsistia en el pais de los encantos: suponer, como todo cristiano debe firmemente creerlo, que el demonio es el padre de la mentira, y que se vale de los sagrados oráculos solo para confirmar la verdad, me confundió, me perturbó en los términos que no puedo espresar. Decia para mí: los novelistas, los romanceros fingen

[1] Mortalidad parece significa la necesidad que tenemos de morir: mortandad significa muerte de muchos y según las reglas del autor es lo mismo decir á la muerte vuestra mortalidad, que decir á un duque vuestra duquedad, á un marques vuestra marquesedad &c. &c.

hechos inopinados, paises encantados; pero lo que acabo de leer solo en la *portentosa vida de la muerte* puede registrarse: me serené, porque el amor del prójimo de que se reconoce muy imbuido al P. Bolaños, puede en ocasiones cuando se junta con ganas de escribir *vidas portentosas* estampar tan inauditas novedades. A la página 60 registré estas metafóricas espresiones: *que vereis cargados de copiosos racimos de malhechores ya difuntos*: ¡que tal! Sigue página 61 *y tan abundante la pesca de cuerpos muertos*: autor del teatro de la elocuencia española, no olvides en el suplemento de tu preciosa obra cláusulas tan dignas de pasar á la posteridad.

Capítulo décimo: *Pesadumbre que tuvo la muerte en el fallecimiento de un médico que amaba tiernamente*. Lector amado, revístete de paciencia, si intentas ver este peregrino capítulo: me pesa una y mil veces haberlo ejecutado: todo el plano del autor se dirige á una sátira contra los profesores de medicina, y para hacerse cèlebre entre los hombres de buen gusto, fraguó que el médico se apellidaba *Mata*: ¡felicísimo hallazgo! Ello es que detestamos de los médicos interin permanecemos sanos: nos burlamos de los abogados, interin no tenemos pleitos: la série de la novela parece se concibió bajo el polo, y es capaz de helar en la Primavera al erudito que la hojeara. Terminaré este capítulo advirtiéndole, que si el autor es fecundo en la prosa, no tiene olvidados sus pininos en el escarpado monte del Parnaso. En prueba de ello canta:

Solo el silencio testigo
ha de ser de mi tormento,
pues no cabe lo que siento
en una ollita de á flaco.
Ese cadáver tan flaco &.

¿Qué tal? Paso en silencio los capítulos II y 12 para lograr algun reposo: en el 13, es su asunto tratar de lo que experimentó el rey Baltasar, y que tan misteriosa y sublimemente se espone en el libro del profeta Daniel. Pero al registrar la estampa recibí un fuerte porrazo: decia para mí: ¿es posible que despues de haber escrito Interian de Avala, sábio religioso Mercenario, su obra titulada *Pictor Christianus Eruditus*, ¿en una obra impresa á nuestra vista (en 1792) se presente al rey Baltasar vestido á la francesa?

Ya no me hace fuerza que ciertos pintores que no saben *musa musae*, adornen sus retablos del Misterio de la Circuncisión con acólitos vestidos con sotanas y sobrepellices: perdóneseles à estos prácticos su desacierto; pero en una obra dirigida à los *hombres de buen gusto*, la vestimenta del rey Baltasar no puede pasar: mucho ménos lo de que [página 86] *en aquella junta presidida por dios Baco habria borrachitos, borrachones y borrachos de todos tamaños*: semejante estilo debe abandonarse para que lo use la hez del pueblo.

Y dando un salto hasta el capítulo 21, ¿qué lector no estrañará en una obra que debe ser tan seria como su objeto, esta espresion, que es la cabecilla y entrada de dicho capítulo: *proveydo al memorial presentado por parte de la muerte. El rey de los reyes, y en su real nombre el autor de la obra*: ya vimos como el R. autor se hizo secretario en aquel celebrado bando, ahora se presenta como subdelegado, para prover en virtud del *memorial presentado por parte de la muerte*: ¡qué inventiva! Vaya otra espresion: (página 185) *en el presente capítulo [es el 39] se trata de un juez secular, à quien, despues de haber cometido varias alcaldadas: ¿esto no es escribir sublimemente? A la vuelta: la muerte le pidió: (mejor espresion sería decir mandó, porque es muy poderosa, es emperatriz) al juez que diese su descargo al punto capitulado; à que quiso satisfacer el juez diciendo, que su intencion cuando hizo el juramento [de guardar las reales ordenanzas] fue de guardarlas en la gaveta del escritorio*: semejante escándalo no debia imprimirse en la portentosa historia de la muerte: esta, se quiere que sea agudeza, es un seminario de siniestras intenciones, y tal vez de perversas ejecuciones.

¿A qué viene promover en la *portentosa vida de la muerte* las disputas sobre el probabilismo, y espetarnos el decreto del papa Inocencio XI? Sin duda que el autor està firmemente creído, que el mérito de una obra crece en razon del volumen, aunque este volumen resulte del hacinamiento de especies incoherentes.

Pero ya que el R. P. Bolaños toca en su *portentosa* obra algo de la cuestion tan controvertida entre los probabilistas y antiprobabilistas, seame permitido advertirle, que el semi-teólogo que sorprendió à la muerte con la preguntilla, no puede haber quedado satisfecho con la zafada que dió à ella *muy Señora de la humana naturaleza*; porque ni es cierto que en favor del probabilismo militan

hombres grandes de elevado caracter, de mucha literatura, y de no ménos santidad, ni el decreto que ensartó del Señor Inocencio XI, viene à cuento; pues lo que dice S. S. en substancia es, que se abstengan los escritores de censurar aquellas opiniones que aun no ha tachado la silla apostólica: y pregunto, R. Padre, ¿à qué viene esto? Podrá dudar V. P. de los deseos que tenia el Sr. Inocencio XI, de que se desterrara de las escuelas la doctrina que favorece al probabilismo? ¿Acaso el ser V. P. autor de la vida de la muerte lo ha cegado de manera que ya no ve lo que estampò dicho sumo pontífice en su decreto dado en 26 de junio de 1680? Vaya, Padre, déjese V. P. de chanzonetas, y abra bien los ojos; porque si no, yo desafio à V. P. para la hora de la muerte, y entónces verá *à la escasa luz de aquella candela* (sea esto dicho con licencia de V. P.) si piensa entonces como cuando escribió esta singular historia, segun se echa de ver por el respecto con que mira V. P. al probabilismo, Padre mio, el unánime consentimiento de la iglesia, manifestado ya por el vicario de Cristo condenando proposiciones que son claras consecuencias del probabilismo, ya por los mas ilustres cardenales, (1) ya por muchos sábios y zelosos obispos de Italia, Francia, España y Países Bajos, de Alemania, y [para hablar de lo que nos toca mas de cerca] de nuestra América, ya por las sagradas ordenes religiosas, [2] ya por las mas famosas universidades del orbe católico, y ya en fin por los escritores mas imparciales y mas ilustrados que siguen en

(1) El P. Mabillon en sus obras póstumas refiere que el cardenal Aguirre (quien abjuró del probabilismo, que siguió àntes por mucho tiempo) escribió de Roma cuando estaba para publicarse la obra del célebre Tirso Gonzalez, dice: „A mas de esto, ya saldrá à luz en breve la obra del R. P. General Tirso Gonzalez, la que casi todos aguardan con impaciencia, escepto aquellos à quienes agrada el monstruo del probabilismo, y que ha tiempo que se ha apoderado no tanto de sus entendimientos como de sus corazones.”

(2) Hablando en particular de la orden de que es miembro el R. P. Bolaños bastará decir, que en el directorio de las tres ordenes de San Francisco publicado en Roma año de 1688, y aprobado por el Señor Inocencio XI, [nótese esto] se lee una cláusula, que traducida fielmente al castellano dice así: „encargamos y mandamos en el Señor à todos los individuos de nuestra orden, y à los demás, que estan bajo de nuestra direccion ú obediencia, que siempre enseñen y sigan las opiniones mas seguras y mas probables.”

esto cuidadosamente las huellas de los SS. PP.: este unánime consentimiento, (1) digo, es una de las pruebas que hay verdaderamente teológicas con que cae por tierra el probabilismo, y que demuestra que sus defensores no pueden compararse ni por su literatura, ni por su santidad con los que lo deseaban: así que ese temor pánico que finge V. P. en la muerte, que es *maestra de la verdad*, es una prueba nada equívoca de que en este asunto está V. P. alucinado con las fútiles y míseras cavilaciones de ciertos

(1) Este consentimiento moralmente unánime, que no sé por qué fatalidad hace poca ó ninguna fuerza á los probabilistas, se escondió á la penetración del anónimo autor del *sacerdote santificado en la administración del Sacramento de la penitencia*, obra que tiene cosas excelentes, pero que también tiene opiniones probabilísticas: pues reposando en la autoridad de los PP. Terillo y Sarasa, cree de buena fé [como el padre Bolaños] que milita por el probabilismo un grande número de autores por sabiduría, por virtud, por dignidad y carácter episcopal, por experiencia respetables, sin atender á que este grande número que compila el P. Terillo, está compuesto ya de escritores que están abiertamente por las opiniones mas probables, como son Santo Tomás, San Buenaventura, San Antonino &c., ya de casuistas que, según asegura el P. Terillo, *no es increíble fuesen seducidos por sutil instigación diabólica*, y ya de teólogos que para resolver este punto, lejos de consultar la sagrada escritura, concilios y PP. de la iglesia, se fiaron demasiado en el dictamen de su propia razón, ofuscada con las falsas y subitas luces de vanas sutilezas y discursos reflejos. Nada de lo que hasta aquí llevo dicho se dirige contra la opinión de santidad que merecieron muchos probabilistas en la doctrina, pues debe creerse que no siguieron las opiniones menos probables por capricho ó espíritu de partido, sino por otras causas, que los ponían á cubierto de la infame nota de escritores de mala fé, y que podían justificar su conducta, especialmente en aquellos tiempos en que no se había tratado dignamente la cuestión.

También nuestro autor anónimo (y con él el R. P. Bolaños) echa ménos el juicio decisivo de la iglesia contra el probabilismo; pero muchos ilustres escritores que han salido con su cara descubierta, para abandonar el uso de las opiniones menos probables, no han necesitado de este juicio formal y espreso de la silla apostólica, bastándoles, como en efecto basta, el unánime consentimiento de la iglesia espresado del modo dicho. A la verdad, como observa el gran Bossuet (instruction sur la version du N. T. de Trevoux, sixieme remarque sur la remontrance) *Hay una tradicion que debe preceder á las decisiones de la iglesia, y que sirve de norma á los intérpretes: y que á mas de lo que es directamente herético ó erroneo, ó contrario á la fé, hay cosas que la oscurecen y la debilitan en*

escritores preocupados. [1] Y para que V. P. comience á desconfiar de semejantes AA. bien puede leer el citado decreto de la congregación romana del santo oficio, estendido de mandato del Señor Inocencio XI. que traducido al castellano dice así:

sus pruebas, y la vulneran en sus consecuencias: y antes tenía dicho el cardenal Palavicino (historia concilii trident. lib. 6. cap. 18. núm. 5.) aun hablando de los artículos de fé: „Que no es necesario que á cada uno de ellos preceda la declaración de la iglesia: „pues de lo contrario no serviría para conocer los dogmas de la fé „la lección de la sagrada escritura, sino solo la definición de la iglesia „sua, y entonces en el espacio de algunos siglos en que la iglesia „definió muy pocas cosas, se hubiera podido dudar de las demas.” &c. Y aplicando esta doctrina á mi asunto, si para saber cual es la regla próxima de las costumbres fuera necesaria una definición formal de la iglesia, nada serviría para conocerla el estudio de los SS. PP., nada el observar las reglas con que se han dirigido los concilios para decidir los casos de conciencia que se les consultaban, nada el saber cual es la doctrina que tantas veces ha recomendado á los fieles la cabeza visible de la iglesia, y nada por último serviría el conocer cuales son las opiniones cuyo uso han enseñado como seguro, no ya algunos pocos obispos opinando como escritores particulares, sino innumerables preladados hablando á los pueblos con toda la autoridad del episcopado en aquellas iglesias en que se agitó con mas ardor esta disputa. Bien veo que los patronos del probabilismo dirán, que el cardenal Palavicino habla de aquellos puntos en que están acordes los SS. PP. lo que no sucede en la presente cuestión, según asegura el P. Francisco Antonio Zacaria, quien de algunos pasajes que cita de los mismos padres, deduce que aprobaron el uso de las opiniones menos probables. ¿Pero quien no conoce que el P. Zacaria, siempre que se trata de moral, es muy mal lógico, como lo tiene demostrado, entre otros, Eusebio Eranista en sus *observaciones sobre la historia literaria de Italia*, escrita por el mismo Zacaria, en donde hace visibles su intrepidez, sus equívocos, sus alucinaciones, y su vano empeño en sostener el cadente probabilismo? Esto supuesto, examinados los textos que produce dicho P. Zacaria, no prueban otra cosa sino que los padres algunas veces [aunque muy pocas] discordaron entre sí sobre puntos de costumbres, y que cada uno sostenía lo que le parecia mas fundado; pues defender con empeño lo que el mismo defensor conoce que es menos verosímil y menos probable, estaba reservado para el tiempo de los casuistas.

(1) El leer solamente los escritos de tales autores, y huir de las obras que confutan sólidamente el probabilismo, es la causa de que muchos sostengan, que en el gravísimo negocio de nuestra eterna

„Hecha relación por el P. Lauria del contenido de la carta del P. Tirso Gonzalez dirigida á N. SSmo. Padre, los eminentísimos cardenales dijeron que se escribiese por el secretario del estado al nuncio apostólico de España á fin de que significara al dicho P. Tirso, que habiendo su Santidad recibido benignamente y leído con elogio su carta, mandó, que el mismo P. Tirso predicara, enseñara, y defendiera por escrito con libertad y fortaleza las opiniones mas probables, y que también impugnara varonilmente la sentencia que afirma ser lícito seguir la opinión ménos probable en concurrencia de la mas probable conocida y reputada como tal. Asimismo que el nuncio le haga saber al P. Tirso, que cuanto hiciere y escribiere á favor de las opiniones mas probables, será del agrado de su Santidad.” (1)

Me he difundido mas de lo que pensaba, pero mucho menos de lo que pudiera (2) por precaver la mala impresión que podria hacer en muchos lectores incautos el ver que un misionero apostólico como el P. Bolaños, que debe

salvacion pueden seguirse sin el mas leve recelo opiniones ménos fundadas y menos verosímiles (este es el probabilismo segun lo defienden comunmente sus patronos) dejando las contrarias que, aun por confesion de los probabilistas, son mas verosímiles y mejor fundadas. A lectores de semejante carácter pudieran ponérseles en sus lápidas, despues de muertos, por inscripcion sepulcral, aquellos versos de Séneca el filósofo á la muerte del emperador Claudio:

...Deflete virum
 Quo non alius potuit citius
 Dicere causas, una tantum
 Parte audita, saepe & neutra.

Si no lo impidiera la gravedad de un asunto cuyas consecuencias son eternas.

(1) „Die 26 junii an. 1680—Facta relatione per P. Lauriam contentorum in litteris P. Tyrso Gonzalez, Sanctissimo nostro directis, Eminentissimi dixerunt, scribendum per secretarium Statús Nuntio Apostolico Hisp. ut significet dicto P. Tyrso, quod sanctitas sua benigné acceptis, & non sine laude perlicitis litteris mandavit, ut ipse liberé & intrepidé praedicet & doceat & calamo defendat opinionem magis probabilem, necnon virilitér impugnet sententiam asserentem, licitum esse sequi opinionem minus probabilem in concursu probabilioris sic cognitae, & judicatae; eumque P. Tyrsum certum faciat, quod quicquid favore opinionis magis probabilis egerit & scripserit gratum erit Sanctitati suae.” &c.

[2] Con solo compendiar lo que trae en una de sus obras le

reputarse escento de todo respecto humano, tan léjos esté de declararse contra el probabilismo, que antes bien parece que lo adopta por el mismo hecho de no reprobalo. Pero antes de concluir este punto, por coóperar al intento de su paternidad, quiero regalarle el cuadro siguiente, en que verá retratado al *probabilismo junto á la muerte*. Harto sabido es que muchos hombres grandes, tales como Luis Henrique de Gondrin, arzobispo de Sens, el cardinal Sforzia Palavicino, los PP. Miguel Elizalde, Tirso Gonzalez, Tomás Maniesa, & Ignacio de Camargo, el padre general de los Carmelitas descalzos Fr. Cristoval de San José, los doctos clérigos veroneses Pedro y Gerónimo Ballerini [sin contar otros muchos que refieren AA. fidedignos] no obstante que se nutrieron con el probabilismo, y que fueron sus acérrimos defensores, movidos de algunas serias reflexiones, y agitados de interiores remordimientos, lo detestaron, y muchos de ellos lo impugnaron en sus escritos. Valiéndome, pues, de lo que segun testifican estos AA. pasó con ellos, supongamos, que un probabilista asaltado de semejantes reflexiones y remordimientos á la hora de la muerte habla así consigo mismo:

„¡Yo muero! ¡Ay de mí! dentro de breve tengo de comparecer ante el tribunal divino: vá me parece que oigo la voz del justo Juez, que me dice *dame cuenta de tu administracion*: dame cuenta de las almas que con mi sangre redimi, y que cometí á tu direccion y cuidado: dame cuenta de si las has conducido por la estrecha senda que guia á la vida eterna, por la que pocos entran. ¿Que haré yo, pues, cuando venga el Señor á juzgarme de este modo? Yo, es verdad, que en la direccion de las almas procuré seguir lo que me parecia acertado, y lo que veia defendido por autores, que juzgaba ser graves, aunque al mismo tiempo conocia, que las opiniones que desechaba estaban apoyadas en mas sólidos fundamentos.

doctísimo Patuzzi habia para llenar muchas Gacetas; pero remito los lectores á esta obra escrita con método, solidéz y gusto: su título es: *De proxima humanorum actuum regula in opinionum delectu tractatio, qua probabilistarum systema falsum esse, absurdum, atque utentibus periculosum demonstratur, á P. Jo: Vincentio Patuzzi Ord. Praed. Theol. Lectore. Venetiis. MDCCLXI. en cuarto. Este título lo desempeña.*